



Vol. 5, No. 2, Winter 2008, 367-373

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Raúl Fradkin, *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2006).

De archivos y bandoleros

Lila Caimari

CONICET/ Universidad de San Andrés

Este libro constituye un buen ejemplo de la potencialidad que encierra el estudio de la transgresión colectiva como puerta de entrada al análisis de las sociedades del pasado. *La historia de una montonera* está construido en torno a un solo, brevísimo episodio: la invasión armada, en 1826, de la localidad bonaerense de Navarro por un grupo de hombres que se reclamaban “montoneros” y “federales”. Movilización colectiva de gran fugacidad: después de controlar el pueblo en el primer día, el grupo procura extender la operación a la vecina Villa Luján, y fracasa. Varios de los rebeldes mueren, otros se fugan. Juzgado sumariamente, el líder de la

“montonera”, Cipriano Benítez, es ejecutado en la plaza principal apenas un mes después del levantamiento.

En un gesto teórico y metodológico muy deliberado, Raúl Fradkin ha concebido su investigación como un juego de análisis concéntricos de aquella montonera liderada por Benítez. Decisión crucial, que marca todo el libro: abordar los grandes problemas sociales, políticos, económicos y culturales subyacentes al estallido siguiendo el camino que van trazando los muy concretos datos extraídos del expediente. Para ello, el análisis comienza por una reconstrucción fenomenológica de los hechos, que elude (y discute a cada paso) toda generalización *a priori* en relación a categorías clave del período pos-revolucionario latinoamericano: “bandidismo”, “caudillismo”, “montonismo”, etc. Reconstruido con meticulosidad detectivesca, el núcleo fáctico se apoya en los expedientes judiciales del caso, interrogados desde perspectivas muy variadas—a siempre ricas y sofisticadas. Una suerte de asedio hermenéutico de los datos va trazando el recorrido del libro, construyendo un marco de intimidad con las fuentes que, desplegadas y observadas en sus inflexiones más ínfimas, transmiten un genuino amor a los aspectos más artesanales del *métier* del historiador—y recuerdan aquel gusto por el archivo de Arlette Farge, autora evocada más de una vez. Así pues, *La historia de una montonera* apuesta a la reducción máxima de la escala y a la exhibición de una relación de alta intensidad con la fuente, decisiones que definen un tipo de aproximación intensamente texturada que resulta muy funcional para decir lo que el libro quiere decir, que es mucho.

Como queda claro desde las primeras páginas, la delimitación férrea de un universo de análisis no busca agotarse en sí, sino transformar la montonera de Benítez en un punto de observación, y en un lugar desde donde entablar un diálogo crítico con preguntas fundamentales de la historia del período. Una tras otra, van surgiendo del cruce de los datos de los expedientes, que cobran sentido gracias a la construcción de un exhaustivo marco contextual, que permite a la vez poner los hallazgos en diálogo con líneas alternativas de interpretación. En este camino, Fradkin otorga un lugar central a la pregunta por el referente concreto tras el epíteto “banda de forajidos” con el que la prensa y muchos testigos

describieron la montonera, interrogante que brinda una oportunidad para desagregar ese confuso y amenazante colectivo en un repertorio mucho más sutil y verosímil de las prácticas y perfiles sociales diversos que en realidad lo constituían. En su manera de plantear este problema, y los que le siguen, toda la investigación puede ser leída como un gran ejercicio de rectificación. Así nos enteramos de que tras las máscaras genéricas y despectivas que los nominaban, la mayoría de los seguidores de Benítez no eran peones sino labradores—figuras o habitualmente asociadas al fenómeno de la montonera. A la vez, el lugar que en aquella sociedad ocupaban quienes adhirieron al movimiento era mucho menos marginal de lo que se decía. Del mismo modo, tras una descripción reductivista y atemorizada de los móviles de la rebelión—automáticamente equiparada a la lógica del asalto de las gavillas de salteadores—la reconstrucción expone persuasivamente la fuerza de las motivaciones políticas de los agentes, deseosos como estaban de poner en acto su reacción ante fenómenos tan amenazantes como las levas masivas y el aumento de la carga impositiva, que constituían la encarnación más concreta del estado en el contexto de las guerras civiles, la guerra con el Brasil y la lucha en la frontera interna. Tampoco sobreviven las descripciones “espontaneístas” de la acción colectiva de los paisanos, que asociaban la montonera a la irracionalidad y el desorden, desconectado de cualquier otro programa que la violencia y el saqueo. En este juego de contraste entre las percepciones esencialistas y los datos de la empiria, un aspecto sustantivo del trabajo examina la asombrosa circulación de las noticias en esta sociedad rural bien informada y profundamente mercantilizada, en la que los habitantes tienen una autonomía considerable en relación a las agendas de los propietarios estancieros. Las laboriosas estrategias de reclutamiento de los participantes de esta montonera y la prueba de los mecanismos formales para generar consenso social una vez ocurrido el levantamiento construyen, por acumulación, un panorama en el que la racionalidad de los móviles hace sistema con una morfología operativa que tiene poco en común con un diagnóstico de salteamiento espontáneo.

Un aspecto particularmente rico del análisis es el que atañe al universo simbólico que subyace a la montonera, a la trama de sentidos que

la explican como fenómeno a la vez que dan cuenta de sus rasgos morfológicos. El libro se detiene en una reconstrucción del lugar del rumor en la campaña bonaerense, y las modalidades de circulación de las novedades políticas en una sociedad que a cada paso exhibe pruebas de politización. Una vez establecido este marco -y en una operación que recuerda el trabajo de Alain Corbin en *Le village des cannibales*¹ Fradkin reconstruye las estructuras de sentido que informaban el universo político de la sociedad de la montonera, interrogándose sobre el significado de epítetos como “europeos”, “gallegos” o “maturrangos”, que designaban los blancos de ataque enunciados por los líderes del levantamiento, y frente a los cuales se erigían los autodenominados “hijos del país”. El análisis revela la cristalización de diversas capas geológicas de la memoria política popular cuyas matrices remontaban a la revolución de 1810, pero aparecían reactivadas en relación a los temores y ansiedades del contexto de guerra e inestabilidad de 1826. También en este plano, el libro recupera una visión del mundo colmada de significados políticos que ordena la interpretación general de los acontecimientos de cada día. Aquí, el trabajo se articula con otro eje historiográfico, constituyéndose en una contribución al conocimiento de la relación entre montonera y caudillismo—y más específicamente, como un ejercicio de arqueología de las formas de apoyo a quien sería, en última instancia, el gran beneficiario político del proceso: Juan Manuel de Rosas. Y una vez más, la reconstrucción anatómica de la montonera cumple con su función de contradecir hipótesis lineales y simplistas en relación al origen del apoyo político al caudillo, de su manipulación por jefes de facciones, de la deferencia y sumisión en la relación subordinada con el gran caudillo bonaerense.

Tanto en su cuidadosa restitución de las complejidades del fenómeno de la montonera como en su descripción del mundo en el que dicha expresión social de descontento nació, este libro es ampliamente convincente. Tan persuasivo resulta el cuadro general que de él emerge, y tan justamente calibrado el análisis de los tramos parciales que van construyendo la argumentación global sobre la montonera como expresión de una sociedad en un momento dado, que por momentos resulta

¹ Alain Corbin, *Le village des cannibales* (Paris: Aubier, 1990).

inevitable preguntarse si la ruptura interpretativa que subyace al trabajo es tan rotunda como a veces parece sugerir. En otras palabras: si esta precisa metodología está puesta al servicio de una argumentación efectivamente colocada contra un sentido común que necesita de ese severo ejercicio de rectificación construido a cada paso con los datos de la evidencia empírica. Esta pregunta invita a imitar el procedimiento anti-generalizador y anti-esencialista del libro, aplicando a la etiqueta “visiones tradicionales” contra la que se posiciona, un ejercicio de escrutinio análogo al utilizado para desentrañar los colectivos “forajidos” o “europeos”, que permita comprender más precisamente qué designa este adversario interpretativo. Allí están, sí, las fuentes de época que transmiten las visiones atemorizadas de una elite urbana, que piensa a las masas rurales como elementos peligrosos, irracionales e imprevisibles—una visión reactualizada en 1899 por el médico psiquiatra José María Ramos Mejía, que en su célebre obra *Las multitudes argentinas* confirmó con métodos médicos de observación y diagnóstico tan propios de su época aquella imagen nefasta y despectiva de las masas rosistas.² También están las caracterizaciones simplistas de la base social y política del caudillismo expuestas en el (muchas veces criticado) trabajo de John Lynch sobre Rosas y las clases populares.³ Comparando la vigencia efectiva de estas aproximaciones anacrónicas y académicamente cuestionadas con el amplísimo consenso del que goza el arsenal historiográfico que subyace a los planteos sustantivos de este libro, resulta difícil no preguntarse si la batalla de rectificación interpretativa no está ganada de antemano, y si eso explica la sensación algo desconcertante que deja el tono polémico con el que se presentan algunas de sus afirmaciones.

Quizás esta duda no se plantearía si no se tratase de un libro tan conscientemente tributario de un denso universo de inspiraciones historiográficas que, en algunas de sus expresiones, bien puede decirse consagrado. La gozosa sintonía con lo mejor de la historia socio-cultural europea de los últimos cuarenta años se respira en cada página: según

² José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas* (Buenos Aires: Secretaría de Cultura/ Marymar, 1999) [1ª edición, 1899].

³ John Lynch, *Juan Manuel de Rosas* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1991).

cambian las preguntas y las escalas de análisis, el espíritu de E. P. Thompson, Eric Hobsbawm, Giovanni Levi, Georges Rudé y Arlette Farge, entre otros, planea sobre muchos tramos de la reconstrucción de la montonera de Benítez. También se siente el parentesco con una tradición de estudios del bandidismo y bandolerismo latinoamericanos que en las últimas tres décadas ha avanzado dramáticamente en sus planteos y modalidades de aproximación, definiendo todo un espectro de expresiones nacionales y regionales. Más cerca de Navarro, también está el camino marcado por una historiografía argentina que en las últimas dos décadas ha replanteado fundamentalmente sus maneras de reconstruir las sociedades del pasado. Gracias al trabajo del mismo Fradkin, entre muchos otros, una de las zonas de la disciplina histórica que más profundamente se ha renovado en sus presupuestos teóricos y sus herramientas metodológicas ha sido, precisamente, la historia rural y política de la primera mitad del siglo XIX. De este modo, *La historia de una montonera* se apoya en los avances inéditos de esta frontera del conocimiento, que hacen posible la rica contextualización de tantas facetas del caso en cuestión, a la vez que se benefician de todo lo que éste ilumina. En el marco de renovación que rodea y acompaña de cerca a este libro, las maneras de restituir los rasgos del mundo material y simbólico de los seguidores de Benítez aparecen particularmente conectadas con algunas expresiones más recientes de esta historiografía—por ejemplo, con los *Wandering Paysanos* de Ricardo Salvatore y *Los Hijos de Facundo* de Ariel de la Fuente, libros que (más allá de especificidades) comparten un universo de presupuestos sobre los modos de pensar la participación política popular y, más en general, sobre las maneras de escribir la historia de los grupos subalternos.⁴

Al recuperar tantas dimensiones de este pasado a través de un tramo ínfimo, apelando a la elocuencia sintomática y la capacidad explicativa de las huellas deliberadamente construidas o casualmente sugeridas que los personajes dejan tras sí, este libro también se conecta con esa historiografía que ha otorgado un lugar primordial a las fuentes

⁴ Ricardo D. Salvatore, *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era* (Durham: Duke University Press, 2003); Ariel de la Fuente, *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del estado nacional argentino (1853-1870)* [Buenos Aires: Prometeo, 2007].

judiciales, y que lleva muchos años afinando las herramientas para servirse de ellas. Difíciles de interrogar, combinando en dosis pareja las trampas metodológicas y la invitación al riesgo y la creatividad, pocas fuentes encierran tantas promesas para el historiador social interesado en las voces ocultas y olvidadas del pasado, en la restitución de esos puntos de vista ausentes en las fuentes publicadas y la retórica de los grupos dominantes. En su sagaz provecho de los pliegues de los testimonios, el recorrido de los expedientes de la montonera construye, a la vez, la historia de una transgresión y la historia social, política y cultural del mundo en el que esa transgresión fue posible y pensable. Historia de una forma de recusación colectiva del orden establecido, a la vez que historia de ese orden observado *desde* las especificidades operativas de esa recusación, y gracias a ella. No se trata solamente de haber encontrado una buena ventana para observar las preguntas de la historia que son previas: la ventana misma plantea una clave de análisis al poner en el centro de la escena la cuestión de la relación social con la norma y con sus representantes, dimensiones fundamentales para comprender el orden moral experimentado e imaginado por cada sociedad. De la mano de la fugaz montonera de Benítez, la historia de la transgresión social cumple en este excelente libro muchas de sus promesas para decirnos cosas sobre el pasado. Y también sugiere, por reflejo, algunas sobre el presente.